



CAPITULO XXXII.

Cambio de decoración.

AAMPLIANDO los informes que se nos acaban de dar en el capítulo anterior, á grandes pinceladas diremos lo que había sucedido hasta el 20 de Enero de 1859, momento histórico de que se va á dar cuenta á los lectores de este libro.

Luego que el Presidente Zuloaga fué á esconderse en una legación, el general Robles Pezuela, reconocido por la guarnición de México y de sus alrededores como jefe del poder ejecutivo provisional, nombró una comisión en que figuraban el general Salas, el gobernador Azcárate, el general Casanova y otros de sus amigos, para que á su vez nombraran á las personas que habían de formar una gran junta electoral para nombrar Presidente conforme á los nuevos planes y proponer las bases de gobierno, y expidió

proclamas y comunicaciones, invitando á todos los partidos á la concordia.

Poco más ó menos les decía: sométanse todos, vengán á rodearme, échense en mis brazos y verán qué bien se arreglan las cosas.

Sólo que como los demás querían lo mismo, que se les rodearan y se les sometieran para gozar del poder tranquilamente, sólo obtuvo ó negativas ó indiferencia.

Juárez, Miramón, Echeagaray, Salas, Zuloaga, no había uno que no quisiera el poder para sí, ¿cómo habían de prestarse á que lo disfrutara un intruso que por pura casualidad le tocaba representar un papel principal en la escena? Por tal de que lo dejaran al frente de la situación, ofrecía el oro y el moro á los contendientes; pero Juárez despachó con cajas destempladas á los comisionados que fueron á hacerle ofrecimientos á Veracruz, y Miramón, que se había hecho ya el primer general reaccionario á fuerza de su brazo, no era fácil, como no lo fué, que consintiera en deponer su actitud belicosa.

El día 30 del mes de Diciembre de 1858, cuando se llevaba un año de estarse derramando sangre mexicana á consecuencia del infame pronunciamiento de Tacubaya, se quería dar comienzo de nuevo al desbarajuste conservador, iniciando sus funciones la junta electoral bajo la presidencia de don Mariano Riva Palacio.

Aquí es necesario advertir que, como Robles Pezuela fingía el deseo de hacer la fusión de los partidos, en la junta figuraban toda clase de personas, hasta varios liberales conocidos, que también querían ver si pescaban algo en el río revuelto.

La junta electoral, después de instalada y de discutir varios asuntos que no tuvieron importancia, nombró una

comisión para que formulara las bases de gobierno á que había de sujetarse la nueva administración, y con ese fin, fueron designados los señores don José María Cuevas, don Pedro Escudero y Echanove, don José María Covarrubias, don Ponciano Arriaga y el general don José Ugarte.

Pronto terminaron su trabajo, que se redujo á la convocación de un congreso constituyente, que se había de hacer, y á un consejo de gobierno que se había de nombrar, y mientras tanto, se regiría el gobierno por unos estatutos que había de publicar en el término de un mes, y los cuales él mismo se haría á su gusto.

¡Y pobre país éste, se nos ocurre exclamar en presencia de tantas infamias que se han sucedido, cómo lo han hecho su juguete tantos ambiciosos, sin conciencia y sin corazón!

La junta electoral volvió á reunirse el día 1º de Enero de 1859, y después de ocho horas de un trabajo parlamentario, completamente estéril, porque la dichosa junta estaba bordando en el vacío, bajo la candorosa creencia de que los puros, moderados, clericales y monarquistas, (en aquel tiempo ya los había) iban á darse un estrecho abrazo, á la una y media de la mañana del día 2, puso término á su laboriosa gestación, dando á luz el nombramiento de Miramón para Presidente interino de la República.

A las once y media de la noche, mientras la junta deliberaba en los salones que habían servido para el congreso cuando lo había, los de la Presidencia que estaban lujosamente iluminados, también se veían muy concurridos. Todos los hombres de la política, entre los que no dejaban de verse algunos eclesiásticos, interesados en co-

nocer pronto las graves cuestiones que iba á resolver la junta electoral, se habían agolpado al palacio, y como las puertas de los departamentos en que funcionaban los notables estaban cerradas, y además hacía mucho frío en los corredores, se habían invadido las antesalas de Robles Pezuela, quien estaba en su despacho conocido con el nombre de «El Baluarte,» rodeado de unos pocos amigos, todos militares, menos Azcárate que era el Prefecto superior del Distrito. Robles Pezuela no podía estarse sentado en su sillón, sino que se levantaba, se cruzaba las manos por la espalda y daba vueltas casi circulares, en razón de que una mesa que había en el centro de la pieza, le impedía pasearse en línea recta.

De repente se abrió la puerta del gabinete y apareció el general Salas.

—¿Qué hay? le preguntó Robles Pezuela saliéndole al encuentro.

—Hemos votado cuatro veces, sin que ninguno de los candidatos obtenga mayoría.

—¿Quiénes han obtenido los votos?

—En primer lugar, Su Excelencia, y en seguida Miramón, Zuloaga, Márquez, yo, y hasta Su Ilma. el señor Arzobispo.

—¿Y ahora?

—Ahora se nos acaban de conceder diez minutos de descanso, para que nos pongamos de acuerdo, á fin de que la votación sólo quede entre los dos candidatos que han obtenido más votos, esto es, entre V. E. y Miramón.

—¿Y usted qué cree, general?

—Yo creo que V. E., tiene que triunfar por tres ó cuatro votos, aunque en estos momentos los miramonistas, estando á la cabeza don Crispiniano del Castillo y el

mismo hermano de Miramón, don Bernardo, están moviéndose de un modo vertiginoso. Emplean tanto las promesas como las amenazas. Aseguran que si el general Miramón no sale electo Presidente, declararán nulo todo lo que se ha hecho y volverá Zuloaga á la presidencia.

Robles Pezuela se apretó una mano contra otra, haciéndose tronar los dedos y dijo nerviosamente á Salas:

—Vaya usted, general, vaya usted, y que la Providencia Divina sea la que inspire los actos de la junta.

Azcárate, que comprendió la posición delicada de Robles Pezuela, que no quería recomendarse á sí mismo con un hombre tan severo como el general Salas, intervino en la conversación diciendo:

—De la decisión de la junta depende el porvenir de la República. Si acaso elige al general Miramón, no habrá transacciones con los partidos y seguirá la guerra.

—Ese es el argumento que se hace valer por los amigos del señor Presidente, respondió Salas que no quería dar color en la cuestión, dicen que él es quien ha iniciado la concordia, que bajo esa inteligencia se han acordado las bases de gobierno, las cuales serían completamente inútiles si triunfara la candidatura del señor Miramón, que aseguran es intransigente con el elemento liberal.

—Es lo que está diciendo siempre Miramón, acentuó Azcárate, que aniquila á los liberales ó lo aniquilan á él, sin aceptar con ellos transacción de ninguna especie.

—Yo creo, dijo Robles Pezuela, que esa es una intransigencia irracional. Los dos partidos que están en lucha, tienen casi las mismas fuerzas: se puede decir que la

mitad de la República está combatiendo contra la otra mitad, de modo que será necesario que se derramen torrentes de sangre para que uno de los dos partidos se sobreponga al otro, ¿y debemos consentir todos en el aniquilamiento de nuestra Patria? No, señores; es preciso hacer algo para evitar ya los horrores de la guerra civil. ¿Dicen que Juárez no se someterá cuando se le abran los brazos? Entonces de él será la responsabilidad de la sangre que se derrame y probablemente su mismo partido le echará en cara su necio capricho. Pero no es tiempo de hablar de estas cosas, cuando se está jugando un albur de tanta importancia en el seno de la junta. . . . Vaya usted, general Salas, vaya usted, que debe hacer falta su voto.

El general Salas, salió diciendo para sus adentros:

—Si supieras cuál va á ser mi voto, no tendrías tal empeño en mandarme á votar.

En efecto, el general Salas estaba ya comprometido con los miramonistas, y lo mismo que los demás militares creía que todo aquello que se estaba haciendo era una farsa, una vez que no podía haber más voluntad que la de Miramón, para que el ejército sostuviera el plan que á aquel se le antojara al final de cuentas.

Y todos los demás lo comprendían así, pero les gustaba estar jugando á la política, tanto para figurar, como por lo que pudiera venir más adelante.

Una vez que se alejó Salas, se aproximaron á Robles Pezuela los generales Rosas Landa y Gamboa. El primero dijo con toda franqueza:

—Si el general Miramón ha reprobado los pronunciamientos, es probable que también repruebe lo que se haga en la junta.

—Pero el general Miramón, lo que dice es que va á venir para formar juicio de los acontecimientos. A quienes censuró fué á Zuloaga y á Echeagaray en sus primeros actos; pero las notas que ha seguido cambiando después conmigo han sido de lo más cordiales.

—De todas maneras, dijo por su parte Gamboa, lo que haga la junta tendrá tal vez que ser modificado por lo que disponga el general Miramón.

—Hay rumores, agregó Azcárate de que el general Miramón piensa hacernos retroceder al plan de Tacubaya.

—Eso sería ridículo, murmuró el Presidente.

—Y más, después de la declaración que hizo el «Boletín Oficial.»

—¿Qué declaración? preguntó Rosas Landa.

—Esta, contestó Azcárate desdoblado el periódico: «... el restablecimiento en la Presidencia de la República del señor Zuloaga, es una especie que dudamos pueda alhagar á persona alguna.» y al fin del artículo: «*Tan despreciables especies no merecen otra refutación que la que llevan en sí mismas.*»

El coloquio fué interrumpido por la noticia que cayó como bomba entre los amigos del Presidente, y que á él le dejó aplastado, de que Miramón había sido electo en la junta por una mayoría de cincuenta y un votos contra cuarenta y seis que obtuvo Robles Pezuela.

Lo gracioso fué que todos empezaron á alejarse de éste desde luego, como si estuviera apestado, y aun los mismos que estaban en su despacho, encontraron pretextos para ausentarse, dejándolo sumido en las reflexiones que inspiran á los desengañados las vanidades de este mundo.

—¡Vamos! exclamaba cuando estaba metiéndose en su lecho á la madrugada del día 2, yo estaba soñando en la unión y en la paz, en ser un presidente conciliador y abnegado, y sólo seguiré siendo tal vez un instrumento del bando sediento de sangre que dirigen las gentes de Iglesia!

Siguieron dieciocho días de inmortal incertidumbre, sin que fuera turbada la calma aparente que reinaba aún, con el despronunciamiento de Orihuela en Toluca que proclamó otra vez el plan de Tacubaya y la obediencia de las tropas al general Miramón.

El día 20 en la noche, fué cuando estalló la bomba.

Se recibió el correo del interior haciendo estallar la mina palaciega.

Robles Pezuela se encontraba en su despacho, rodeado de los principales personajes de la política que ya esperaban algo sensacional. El Presidente no pudo ocultarles los mensajes, una vez que para conocerlos estaban allí, y tuvo que mandar leer en voz alta uno muy extenso de Miramón, firmado el día anterior en Querétaro, en el cual decía en substancia: que no podía aceptarse lo que se había hecho en México, porque los dos partidos que luchaban eran irreconciliables y ya el partido liberal estaba casi vencido, de modo que para nada eran necesarios los hombres que lo formaban en las esferas de la política; que su primer movimiento cuando supo el escándalo de los pronunciamientos, había sido volar á la capital para enderezar las cosas; pero que por una parte no quiso aumentar las dificultades, y por otra no podía alejarse sin que se organizaran antes los Estados de Occidente, ya que tanta sangre le habían costado sus últimas victorias, ni podía tampoco

dejar el país á merced de los bandidos que seguramente se habrían envalentonado con su ausencia; que no había hecho renuncia desde luego del nombramiento que habían dado en su favor para Presidente de la República, por no desairar á tantos como le decían que él solo era el que podría dirigir en aquellas circunstancias la nave del Estado, y cuando el mismo Zuloaga, dando ejemplo de abnegación, le instaba para que acudiera á encargarse del mando, no obstante todo lo que quería que se restableciera en todo su vigor el plan de Tacubaya, volviendo las cosas al estado que guardaban, reprobando naturalmente todo lo que se había hecho sin su anuencia, por más que se le arguyera que se trataba de hechos consumados, y por último, que lo único á que aspiraba para dar buena dirección á la guerra, era á que se le nombrara y reconociera como general en jefe de todo el ejército, en cuyo sentido escribía ya á todos los jefes que tenían mando de armas.

¡Ya se deben suponer los lectores qué cara pondrían todos aquellos personajes que habían hecho sus pronunciamientos, sus juntas y sus elecciones sin contar con la huéspedada!

—¡Pues la amolamos! exclamó Rodríguez de San Miguel que era muy francote.

—Yo lo había anunciado, dijo Rosas Landa, y me lo sospechaba, no por el general Miramón que seguramente no aspira á la presidencia, sino por las gentes que lo dominan.

—Lo cual quiere decir que habla por boca de ganso, murmuró Gamboa.

Por fortuna todos estaban preocupados y no se fijaron en estas palabras, tanto más cuanto que en esos mo-

mentos Robles Pezuela, que se había quedado pensativo, exclamó:

—Quiere decir que nosotros tendremos que retirarnos.

—Naturalmente, apoyó Rodríguez de San Miguel: mañana ó pasado llegará Miramón y nombrará su Presidente y su ministerio.

—No tiene que nombrarlo: el Presidente es el general Zuloaga, repuso Robles Pezuela, el mismo á quien nosotros hemos derribado por inepto.

—La cosa no puede ser más ridícula, agregó Casanova.

—Lo más gracioso será que Zuloaga, una vez en el poder, dijo Azcárate, nos ponga en la cárcel y nos mande formar causa.

—Estaría en su más perfecto derecho, contestó Robles Pezuela, una vez que estamos declarados rebeldes.

En esos momentos recibió una misiva del general Salas, en que le decía que los jefes de la guarnición estaban reunidos en su casa y que iban á mandarle dos comisionados para comunicarle un asunto importante.

Media hora después se presentaron los generales Calleja y Valle que eran los comisionados, y el negocio que llevaban, era comunicarle que el general Miramón ordenaba por telégrafo tres cosas: primera que la guarnición lo reconociera sin dudas ni vacilaciones como general en jefe del ejército; segunda, que se proclamara desde luego, también sin vacilaciones, el restablecimiento del plan de Tacubaya, y tercera, que se entregara la Presidencia interinamente, sin excusa ni pretexto, al general Mariano Salas.

Esto dicho así de corrido en estas cuantas líneas, los comisionados lo dijeron en tres horas, y fué necesario que Robles Pezuela mandara escribir una larga exposición, buscando para todo ello las buenas formas, aunque en la esencia vino á ser lo mismo. Para redondear el punto se estuvieron cruzando telegramas con Miramón, hasta la una de la mañana, hora en que quedó resuelto que Robles Pezuela entregara el poder al general don Mariano Salas, que sería Presidente provisional mientras llegaba el general en jefe del ejército.

La entrega del poder se verificó á la una y media de la mañana.

Con ese motivo el «Diario de Avisos,» publicó la siguiente observación, respecto á coincidencias: «... á la misma hora salió el general Zuloaga del Palacio nacional el 24 de Diciembre: á la misma hora fué nombrado Presidente Miramón el 2 de Enero, y por último la restauración del orden de cosas, creado por el plan de Tacubaya, se verificó á la una y media de la mañana el 21 de Enero de 1859, exactamente al año cumplido hora por hora del triunfo del mismo plan en 1858.»

De manera que en un año sólo se había representado un acto de comedia presidencial, volviendo á presentarse el mismo escenario al levantarse el telón en 1859. . . . y para llegar al mismo punto de partida, se habían sacrificado miles de hombres, se habían destruido grandes propiedades y se habían gastado muchos millones de pesos.

El asunto como trágico, visto por el lado cruento no podía menos que lamentarse, ya era un río de sangre el que había corrido; pero como sainete no pudo menos

que hacer reír á las personas imparciales aquella Presidencia de Robles Pezuela que sólo duró veintiocho días, y todos aquellos generales, con sus pronunciamientos, todas aquellas ciento y tantas personas con su junta electoral, todo aquel consejo de gobierno, todo aquel castillo de naipes desvaneciéndose al soplo de un solo hombre que, con un golpe de audacia, supo poner á toda aquella gente ambiciosa de rodillas ante su voluntad.

